

ha pasado regimiento. El abuelo, lleno de salud, le dió una hospitalidad que recordaba á Abraham y la Biblia. El gran Sequeira comía tanto, que quedaba imposibilitado por unas horas, digiriendo en el fondo de una poltrona. Allí conoció al viejo Travassos, que hablaba siempre con los ojos llenos de lágrimas del talento de su querido Carlos, y al marqués espléndido que abrazaba llamándoles primos á todos los hidalgotes de Lamego y se apasionaba por una barquera... Soberbias comidas, algunos disparos á los conejos, una romería, bailes de muchachas, guitarrero y canturrias, todo en suave idilio portugués...

— Respecto de Santa Olavia, tenemos que hablar seriamente—dijo por fin Craft.

—¿Y tú—preguntó Carlos volviéndose hacia Eusebio—has estado en Cintra, eh? ¡Cómo se pasa por allí! ¿Qué tal está Ega?

—Ha engordado mucho; compró un burro... Dámaso también está allí. Pero á ese nunca se le ve, pues siempre anda pegado á los Cohen. No se pasa mal, pero aprieta el calor.

—¿Y tú estabas con la misma prostituta? ¿con Lola?

Eusebio se puso como un tomate. No estaba en el Hotel Victor, muy formal. Palma es el que había aparecido por allí con una muchacha. Ahora tenía un periódico, *La Corneta del Diablo*.

—¿*La Corneta*?

—Sí, del *Diablo*—dijo Eusebio.—Es un periódico de *chantage*; ya existía, se llamaba *El Pito*, pero ahora le había aumentado el tamaño y se proponía hacerlo más indecente.

—Sí,—dijo Carlos, será una inmundicia como él. Craft reapareció enjugándose la cabeza, y mientras se vestía habló de un viaje que ahora le sedu-

cia. Pasaría el invierno en Egipto, subiendo el Nilo, en comunicación espiritual con la antigüedad faraónica. Después quizás llegara á Bagdad para ver Eufrates y las ruinas de Babilonia.

—Por eso debe estar aquí este libro,—exclamó Carlos,—*Ninive y Babilonia*. ¡Qué diantre! ¿A usted le gusta eso? A mí me dan horror las civilizaciones y las razas muertas. A mí sólo me interesa la vida.

—Pues ya que se interesa por la existencia, ¿quiere usted venir á almorzar conmigo al hotel Braganza? Allí me espera el encargado de las minas, pero tenemos que ir por la calle del Oro, porque quiero subir un momento á la caverna de mi procurador... ¡Andando, que es mediodía!

Dejaron á Eusebio, que leía tras de sus lúgubres lentes, un par de telegramas.

En cuanto salieron á la calle, Craft le dijo cosas serias respecto de Santa Olavia. Era visible el disgusto de su abuelo por no haber ido ni un solo día por allí.

—No me dijo nada, pero sé que está enfadado con usted. No tiene usted disculpa; son sólo unas horas de viaje. Ya sabe usted cuánto le adora... ¡Qué diablo! *Est modus in rebus*.

—En efecto,—murmuró Carlos,—debiera haber ido por allí. Pero ¡qué quiere, amigo! Quizá vaya esta semana con Ega.

—Sí, hombre, sí, déle usted ese gusto. Pásese allí unas semanas.

—*Est modus in rebus*. Veré si paso allí unos días.

La habitación del procurador estaba cerca del Monte-Pío. Carlos esperaba desde hacía unos momentos, cuando de pronto vió salir del Montepío á Melanie, con una mujer gorda, que llevaba un sombrero chillón. Sorprendido, atravesó la calle. Ella se quedó parada, ruborizándose, y no esperó siquie-



fa la pregunta. Balbuceó que la señora le diera licencia para ir á Lisboa y que acompañaba á aquella amiga. Había allí cerca un coche; Melanie subió á él con su compañera, y el simón se alejó hacia la plaza de Palacio.

Carlos miró cómo se alejaba, y Craft, mirando también, reconoció el coche del *Tuerto* de los Olivares.

—¿Había alguien de la *Casita*?

—Una criada—contestó Carlos, aun espantado de aquel extraño embarazo de Melanie.

Aun no habían dado más que unos pasos, cuando Carlos, bajando la voz, le dijo:

—¡Oiga! ¿Eusebio le ha dicho algo respecto de mí, Craft?

El otro le confesó que Eusebio, marcando las palabras, le había informado de la misteriosa vida de Carlos en los Olivares...

—Pero yo le hice callar—añadió Craft,—declarando que era tan poco curioso que ni siquiera quise leer nunca la *Historia Romana*... En todo caso debe usted ir á Santa Olavia.

Carlos, en efecto, habló aquella misma noche á María de la visita que debía á su abuelo. Ella, muy seria, se la aconsejó también, arrepentida de haberlo retenido tanto tiempo lejos de los seres que también le amaban.

—Pero no por mucho tiempo ¿verdad?

—Por dos ó tres días cuando más. Naturalmente, traeré ya al abuelo. Nada hace allí y yo no estoy para esos viajes.

María entonces echóle los brazos al cuello y en voz baja, tímidamente, confesóle el deseo que tenía... Era ver el Ramillete. Quería visitar las habitaciones de él, el jardín, todos aquellos sitios en que tan-

tas veces pensara en ella y se desesperara considerándola lejana é inaccesible.

—Pero es necesario que sea antes que venga el abuelo. ¿Quieres?

—Ya lo creo. Sólo hay un peligro. Es que no te deje salir más y te devore dentro de mi caverna.

—¡Pluguiera á Dios!

Entonces acordaron que ella iría á comer al Ramillete el día que saliese Carlos para Santa Olavia.

Fué el sábado. Carlos llegó muy pronto al Ramillete y su corazón latía con la deliciosa ansiedad del primer encuentro cuando oyó parar el carruaje de María. El beso que cambiaron en la antecámara tuvo la profunda dulzura del primer beso.

Ella fué al tocador para quitarse el sombrero y alisarse el pelo. El no dejaba de besarla y con los rostros juntos sonreían mirándose al espejo, orgullosos de la fuerza de su mocedad. Después, impaciente, curiosa, recorrió todas las habitaciones, respiró el perfume de los frascos y abrió las cortinas de seda de la cama... En un mueble había una bandeja de plata que Carlos se olvidara de esconder, con la coronela de húsares, vestida de amazona, la señora Rughel, descotada y otras y otras. María Eduarda se retorció las manos tristemente al ver la abundancia de aquellos recuerdos. Carlos, riendo, le pidió que no mirase aquellos "engaños" de su corazón. María contestó que ya se figuraba que no bajaba de las nubes puro como un serafín, pero que tenía la certidumbre de que á nadie había amado como á ella.

—Hasta es una profanación hablar de amor, cuando se trata de esas aventuras casuales—murmuró Carlos.—Son como cuartos de fonda en que se duerme una vez.



María miraba detenidamente la fotografía de la coronela. ¿Quién era? ¿Una francesa?

—No; de Viena. Esposa de un corresponsal mío que vivía en el campo.

¡Ah! vienesa... dicen que las mujeres de Viena tienen un gran encanto.

Carlos quitó la fotografía de las manos. ¿Para qué hablar de otras mujeres?

Entonces recorrieron todo el Ramillete hasta la terraza. Gustó, sobre todo, el despacho de Alfonso con sus damascos de cámara de prelado y su aspecto de severa paz estudiosa.

—No sé por qué—murmuró—pero tu abuelo me da miedo.

Carlos rió. ¡Qué tontería! Si el abuelo la conociera la haría la corte con gran desembarazo. El abuelo era un sabio, un guapo viejo.

—¿Tuvo pasiones?

—No sé; tal vez.

Bajaron al jardín que le gustó también y se sentaron un instante bajo el viejo cedro, oyendo el charloteo de los pájaros que estaban posados en las ramas.

También fueron á ver las cocheras y el portero quedó como embobado, con la gorra en la mano, al ver aquella señora tan linda, tan elegante, la primera que veía entrar en el Ramillete. María acarició los caballos y particularmente á *Tunante*, que tantas veces llevara á Carlos á la calle de San Francisco.

Subieron por la escalera particular de Carlos que María hallaba misteriosa y Carlos le juró que nunca pasaron por allí otras sayas, á no ser las de Ega cuando se disfrazó de aldeana.

Después dejola un momento en el cuarto para dar órdenes á Bautista; pero cuando volvió la encontró

en el sofá, tan desanimada y triste, que le cogió las manos, lleno de inquietud.

—¿Qué tienes, amor mío? ¿Estás mala?

Ella levantó los ojos, empañados por las lágrimas.

—Pensar que dejarás por mí esta casa, esta tranquilidad, estas comodidades... es una tristeza, tengo remordimientos.

Carlos se arrodilló á su lado, sonriendo de sus escrúpulos, llamándola tonta y secando con un beso sus lágrimas.

—Lo que yo siento es sacrificarte tan poco, cuando tú me sacrificas tanto.

Ella se encogió de hombros amargamente.

—¡Yol!

Su voz murió entre los besos de Carlos que la llevaba abrazada hacia la cama, donde tantas veces desesperara de ella como de una diosa intangible.

A las cinco pensaron en comer. La mesa estaba en un saloncito donde se veía el retrato del padre de Carlos, que representaba un mozo pálido, de grandes ojos, con guantes de gamuza amarilla y un bastón en la mano.

Bautista les servía, vestido ya con el traje claro de viaje. La mesa redonda y pequeña, parecía una cesta de flores. El champagne se helaba dentro de unos baldes de plata. Una fuente de crema que había en el aparador mostraba las iniciales de María.

Aquellos delicados cuidados la hicieron sonreír enternecida y después se fijó en el retrato de Pedro de Maia.

—¿Quién es?—preguntó.

—Es mi padre.

Ella lo examinó desde más cerca, levantando una luz. Y volviéndose hacia Carlos le dijo:



—¿Sabes á quien te pareces á veces? Es extraordinario, pero es verdad. Te pareces á mi madre.

Carlos rió, encantado de una semejanza que les aproximaba más.

—Sí— continuó— mamá era muy hermosa, y tienes no sé qué en la cabeza y en la nariz... pero sobre todo te le pareces en el modo de sonreír... lo he pensado muchas veces...

Bautista entraba con el primer servicio. Carlos anunció una comida á la portuguesa porque el cocinero se fué con el abuelo. Quedó Micaela, la cocinera de casa, que conservaba la tradición de los antiguos guisos del tiempo de don Juan V.

—Para empezar, querida María, ahí tienes un caldo de gallina como sólo se servía en Odivellas, en la celda de la madre Paula, en las noches de noviazgo místico.

La comida fué encantadora. Cuando Bautista se retiraba, se apretaban rápidamente la mano por encima de las flores. Nunca Carlos la hallara tan linda, tan perfecta, y un mismo deseo les invadía á los dos, el de quedar allí eternamente, en aquel cuarto de soltero, con comiditas á la portuguesa, servidas por Bautista en traje de viaje.

—¡Tengo unas ganas de perder el tren!— dijo Carlos como implorando su aprobación.

—No, debes ir; es necesario no ser egoistas: pero no te olvides de mandarme un telegrama cada día. Los telégrafos fueron inventados para quien se ama y está lejos, como decía mamá.

Entonces Carlos bromeó acerca de su parecido con su madre.

—Es curioso que nunca me lo hubieras dicho y que nunca me hablastes de tu mamá.

Un leve rubor coloreó las mejillas de Eduarda. No le hablara de su mamá, porque no viniera á cuento.

—No podía contarte cosas muy interesantes— añadió.

Mamá era una señora de la isla de Madera, que tenía escasa fortuna y se casó...

—¿Se casó en París?

—No, se casó en Madera con un austriaco que había ido á acompañar á un hermano tísico. Era un hombre muy distinguido, vió á mamá, que era muy linda, gustaron uno de otro, *et voild...*

Dijo esto sin levantar la vista del plato, lentamente.

—Pues entonces — exclamó Carlos— si tu padre era austriaco, tú también eres austriaca. Eres una de esas vienasas que dicen que tienen tan grande encanto.

Sí, tal vez por voluntad de los Códigos era austriaca; pero no conoció á su padre, siempre habló en portugués y se consideraba portuguesa.

—¿No tuviste hermanos?

—Sí, tuve una hermanita que murió de niña. Pero no la recuerdo. Tengo en París el retrato de ella. Era muy linda.

En aquel momento se oyó en la calle el ruido de un carruaje que se detenía. Carlos, sorprendido, corrió á la ventana con la servilleta en la mano.

—Es Ega,— exclamó— es ese bellaco que llega de Cintra.

María se levantó inquieta. Durante un momento, de pie, ambos se miraron vacilando. Pero Ega era como un hermano de Carlos. Sólo esperaba que volviese de Cintra para llevarlo á la *Casita*. Mejor sería que el encuentro se verificase allí, natural, franco y simple.

—¡Bautista!— gritó Carlos, sin vacilar más— dí al señor Ega que estoy comiendo, que entre aquí.

La puerta se abrió y apareció Ega intimidado,



asombrado, de sombrero blanco, con guarda sol blanco y con un envoltorio de papel en la mano.

— María, — dijo Carlos — aquí tienes por fin, á mi gran amigo Ega.

Y á Ega le dijo simplemente:

— María Eduarda.

Ega iba á dejar el envoltorio, para apretar la mano que María Eduarda le extendía sonriendo, pero el papel, mal atado, se deshizo y rodó por el suelo una provisión de quesadillas de Cintra. Entonces todo embarazo desapareció á través de alegres carcajadas, mientras Ega desolado, miraba las ruinas de su dulce.

— ¿Ya has comido?

— No, y por cierto que veo aquí unos huevos apetitosos, sobre todo, después de tantos días de comer mal en la fonda de Coimbra.

— Entonces, adelante. ¡Aprisa, Bautista!... Trae el caldo de gallina. Oh, aun tenemos tiempo. ¿Sabes que hoy me marché á Santa Olavia?

— Sí, lo sabía y por eso había venido.

Pero no podía comer de aquel modo, cubierto de polvo y con un chaquetón de bucólica.

— ¡Diga que me guarden el caldo, Bautista! Diga que me lo guarden todo, porque traigo un hambre de pactos de Arcadia!...

Bautista sirvió el café. El carruaje que debía llevar á Carlos á Santa Apolonia estaba ya en la puerta.

Ega declaró que aun había tiempo, y sacó el reloj. Estaba parado. Dijo entonces que en el campo se regía por el sol como las flores y las aves.

— ¿Se queda usted en Lisboa? — preguntó María Eduarda.

— No, señora. Sólo permaneceré algunos días y después me vuelvo á Cintra. Cintra me gusta más

ahora que apenas queda nadie, porque crea usted que cuando hay forasteros aquello es imposible.

Bautista ofrecía licores á Carlos, diciendo que no se entretuviese si quería alcanzar el tren. María se levantó para ir á ponerse el sombrero, y los dos amigos solos, quedaron callados un momento en tanto que Carlos encendía despacio un cigarro.

— Y tú, cuánto tiempo vas á estar en Santa Olavia preguntó Ega.

— Tres ó cuatro días. No te marches hasta que yo vuelva. Tenemos que hablar. ¿Qué demonios hacías allí?

Ega se encogió de hombros.

— He sorbido aire puro, cogido flores y murmurado de vez en cuando "¡qué hermoso es esto!",

Luego añadió, comiendo una aceituna:

— Dámaso está allí, como ya te dije, y no se mueve de casa los Cohens. Claro es que no hay nada entre ellos y que todo es para irritarme; pero es un imbécil y sólo espero un pretexto para darle de palos.

Se estiró los puños de la camisa y exclamó con expresión de cólera:

— Claro es que continúo apretándole la mano y llamándole "amigo Dámaso.", pero sólo busco un pretexto. Es necesario aniquilar ese animal. Es un deber de moralidad, de aseo público, de gusto, barrer esa bola de grasa humana.

— ¿Quién más había allí? — preguntó Carlos.

— ¿Qué te interese? La Gouvarinho; pero sólo la ví una vez. Aparecía poco la desdichada ahora que lleva luto.

— ¿Luto?

— Sí, de ti.

Calló. María entraba calzándose los guantes. Ega dió recuerdos á Carlos para Alfonso y para el gordo Sequeira.



Les acompañó Ega hasta la calle sin sombrero y por la portezuela prometió á María Eduarda una visita á los Olivares tan pronto como Carlos volviera de sus peñascos del Duero.

—No te vayas á Cintra antes de que yo vuelva— gritóle Carlos.—Di á Micaela que te trate bien.

—Adiós, adiós,—decía Ega—buen viaje. ¡A los pies de usted, señora! Hasta la *Casita*.

Partió el coche. Ega subió á su cuarto donde le preparaban un baño. En el saloncito desierto, entre las flores y los restos de la comida, las velas continuaban ardiendo solitarias y hacían resaltar la palidez de Pedro de Maia y la melancolía de sus ojos.

El sábado siguiente, á las dos, Carlos y Ega acababan sus cigarros hablando de Santa Olavia. El abuelo no quería venir aún.

Carlos le había encontrado muy alegre y fuerte y esta resplandeciente salud del viejo fué un alivio para Carlos, pues así le parecía menos ingrata su partida con María para Italia. Además de eso había hallado un expediente para realizar el supremo deseo de su vida sin turbar la paz de la vejez de su abuelo.

Partiría para Madrid inventando un viaje de estudio y permanecería allí un mes. María se iría á juntar á él en Burdeos y allí comenzarían aquella existencia de felicidad que las flores de Italia debían perfumar. En la primavera volvería á Lisboa, dejando á María instalada en su nido y entonces, revelando poco á poco á su abuelo aquella pasión, haría que por fin la aceptase. ¿Qué había de decir

el abuelo? A lo sumo podría quejarse de los meses que le arrebataba Carlos, pero se consolaría pensando en la corta duración de los idilios humanos. Carlos pensaba en la benevolencia que se apodera de las almas más rígidas cuando apenas algunos pasos las separan de la tumba. Ega aprobó su plan. Después hablaron de la instalación que requería aquel amor, Carlos quería una quinta á orillas de un lago. Pero Ega no lo aprobaba. En la quietud continua de un paisaje siempre igual, dos amantes solitarios, no siendo botánicos ni pescadores de caña, se ven forzados á vivir continuamente en el deseo uno de otro y sacar de ahí todas sus ideas, sensaciones, bromas y silencios. Y qué diablo, no hay sentimiento que dé para tanto. Dos amantes cuya única ocupación es amarse, deben vivir en una ciudad, una gran ciudad tumultuosa y creadora para no sentir el aburrimiento infinito que procede de unos besos siempre renovados y de unas palabras siempre repetidas.

—Yo—dijo Ega levantándose—si me escapara con una mujer, no iría á Suiza ni á Sicilia, sino á París, al boulevard de los Italianos, á un paso del *Figaro*, del Louvre y de la *Blague*... Aquí tenemos mi doctrina y el amigo Bautista que nos trae el correo.

No era el correo. Era una tarjeta que Bautista traía en la bandeja; y venía tan perturbado que anunció: "Un sujeto, ahí fuera, en la antecámara, en un carruaje, espera.."

Carlos miró la tarjeta y palideció terriblemente. La volvió á mirar, lentamente y como intimidado y después se la pasó á Ega.

—¡Caramba!—murmuró Ega asombrado.

Era Castro Gómez. Bruscamente Carlos se levantó, decidido:

—Mándale entrar al salón.



Bautista preguntó si Carlos quería una levita.

—Trae.

Carlos y Ega se miraron un instante ansiosamente.

—Supongo que no habrá desaffo—baluceó Ega.

Carlos no contestó. Miraba otra vez la tarjeta. El forastero se llamaba Joaquín Alvares de Castro Gómez y con lápiz traía las señas: "Hotel Braganza.", Bautista dió la levita á Carlos y éste salió, sin decir otra palabra á Ega, que se quedara en pie junto á la mesa, limpiándose estúpidamente las manos con la servilleta.

En el gran salón tapizado de brocados de color de musgo, Castro Gómez examinaba curiosamente el espléndido cuadro de Constable que aparecía verdaderamente magnífico. Al oír el ruido de los pasos de Carlos, se volvió sonriendo y pidiendo perdón por mirar así, familiarmente, aquel soberbio lienzo. Con un ademán rígido, Carlos, muy pálido, indicóle el sofá. Saludando y risueño, Castro Gómez se sentó despacio. Llevaba una flor en el ojal, resplandecíanle las botas y en el rostro, chupado y requemado, de barba negra, en el cabello, que le clareaba en las sienes, hasta en su misma sonrisa, había una expresión de cansancio.

—También tengo en París un Constable muy bonito—dijo sin embarazo alguno, gangueando un poco y arrastrando las *rr*.—Es un paisajito con dos figuras. No me gusta mucho el pintor, á decir verdad, pero da mucho tono á una galería. Es necesario poseerlo.

Carlos enfrente del brasileño, con los puños sobre las rodillas, conservaba la inmovilidad de un mármol. Al oír aquel tono afable, una idea angustiosa se apoderó de él. Castro Gómez de fijo que *no sabía nada*! Llegó, desembarcó, corrió á los Olivares, dur-

mió en los Olivares! Era el marido. ¡La tuvo ya en sus brazos á ella! Y ahora estaba allí tranquilo, con una flor en el ojal, hablando de Constable. El único deseo de Carlos en aquel instante, era de que aquel hombre le insultase.

Entre tanto, Castro Gómez, amablemente se disculpaba de presentarse así, sin conocerlo, sin unas líneas siquiera de presentación.

—El motivo que me trae es tan urgente que llegué esta mañana á las diez de Rio Janeiro, y aquí estoy! . Esta misma noche si puedo, parto para Madrid.

Carlos sintió un alivio infinito. No había visto á María Eluarda. Aquellos secos labios no la habían tocado. Y salió por fin de su rigidez de mármol, hizo un ademán de atención y aproximó levemente la silla.

Castro Gómez, entre tanto, dejando el sombrero, sacó del bolsillo interior de la levita una cartera con un monógramo de oro y sin apresurarse buscaba entre los papeles una carta. Después, cuando la tuvo, dijo tranquilamente:

—La recibí en Rio Janeiro antes de marchar. Es anónima. Pero no crea usted, que esto es lo que me hizo atravesar el Atlántico. Sería el mayor de los ridículos... Deseo también asegurarle que el contenido de esta carta no me impresionó... Aquí está. ¿Quiere usted que se la lea ó quiere leerla?

Carlos murmuró con esfuerzo:

—Lea usted.

Castro Gómez desdobló el papel y lo tuvo un instante entre los dedos.

—Como usted ve, es una carta anónima en todo su horror: papel malo, caligrafía cursi, tinta pésima, sintaxis horrible. Un documento odioso. He aquí lo que dice: "Un hombre que tuvo la honra de



„apretar la mano á usted y de apreciar su caballería, cree deber prevenirlo que su mujer, á la vista de toda Lisboa, es la amante de un muchacho muy conocido aquí, Carlos Eduardo de Maia, que vive en una casa de la calle de las Ventanas Verdes, llamada el Ramillete. Este héroe, que es muy rico, compró expresamente una quinta en los Olivares donde instaló á la esposa de usted, á la cual la veo todos los días, permaneciendo á veces allí con escándalo de la vecindad, hasta la madrugada. Así, el nombre honrado de usted, anda en lenguas por la capital.„ Esto es todo lo que dice la carta; y yo sólo debo añadir, porque lo sé, que todo cuanto dice es cierto. Don Carlos de Maia es, pues, públicamente, el amante de esa señora.

Carlos se levantó muy sereno.

— ¡Nada tengo que decir á usted sino que estoy á sus órdenes!...

Una fugitiva oleada de sangre avivó la palidez morena de Castro Gomes. Dobló la carta y la guardó despacio en la cartera. Después, sonriendo fríamente:

— Dispense usted... Don Carlos de Maia sabe tan bien como yo, que si esto tuviese que tener una solución violenta, no hubiese venido yo personalmente á su casa, y leerle esta carta... La cosa es distinta.

Carlos volvió á sentarse asombrado. La lentitud empalagosa de aquella voz se le hacía intolerable. Un confuso terror de lo que dirían aquellos labios que sonreían con impertinencia, angustiaba su corazón. Sentía un deseo brutal de gritarle que acabase, que lo matase ó que saliese de aquella sala donde su presencia era una torpeza ó un acto inútil.

El otro se atusó el bigote y despacio, meditando sus palabras para darles precisión, añadió:

— Mi caso es este, don Carlos de Maia. Algunas

personas en Lisboa, que no me conocen, por cierto, saben en estos momentos, que en París, en el Brasil ó en el infierno, existe un cierto Castro Gomes que tiene una mujer bonita, la cual á su vez, tiene un amante en Lisboa. Esto es desagradable, sobre todo por ser falso. Usted comprenderá, que yo no debo continuar aguantando por más tiempo la fama de *marido engañado*, pues no la merezco ni puedo *legalmente* serlo... Por esto vengo aquí, de caballero á caballero, á decirle, como tengo intención de decirlo á los demás, que esa señora no es mi esposa.

Durante un momento Castro Gomes esperó la voz de Carlos de Maia. Pero éste conservó un rostro mudo, impenetrable, en que los ojos brillaban angustiosamente. Por fin, con un esfuerzo, inclinó levemente la cabeza, como acogiendo con placidez aquella revelación que hacía innecesaria y vana toda otra palabra.

Pero Castro Gomes se encogió de hombros, con lánguida resignación, como quien lo atribuye todo á la malicia del Destino.

— Son las ridículas escenas de la vida. Don Carlos de Maia, de fijo que lo advierte. Es la vieja, la clásica historia. Hace tres años que vivo con esa señora; cuando el invierno pasado tuve que ir al Brasil, me la traje á Lisboa para no ir solo. Paramos en el Hotel Central. Comprenderá usted que no tenía que dar explicaciones al dueño del establecimiento. Aquella señora venía conmigo, dormía conmigo, de modo que para todos los efectos del hotel era mi mujer. Como mujer de Castro Gomes, estuvo en el Central: como mujer de Castro Gomes, alquiló después una casa en la calle de San Francisco, como mujer de Castro Gomes, tomó luego un amante. Dióse siempre como mujer de Castro Gomes, hasta en las circunstancias más penosas para Castro Go-



mes. La verdad es que no la podemos condenar. Tenía por casualidad una excelente posición social y un nombre honrado. Era natural que tratase de hacer creer que le correspondían, en vez de ir diciendo "soy fulana de tal, querida de...", Seamos justos, no estaba obligada á dar semejantes explicaciones al tendero que le vendía la manteca ni á la casera que le alquilaba habitación. Hay más, parte de la culpa es mía; muchas veces en cosas relativamente delicadas, le dejé usar mi nombre; usándolo tomó el aya inglesa ¡Las inglesas son tan exigentes!.. En fin, todo eso pasó.. Lo que importa ahora es que le retiró el nombre que le prestara y ella queda apenas con el suyo que es el de señora Mac-Gren.

Carlos se levantó lívido. Y apretando con las manos el respaldo de la silla:

— ¿Nada mas, verdad?

Castro Gomes se mordió levemente los labios, ante aquel remate brutal que le despedía.

— Nada más — dijo tomando el sombrero y levantándose despacio. — Debo añadir, para evitar á usted sospechas injustas, que esa señora, no es una muchacha á quien yo hubiese seducido y á quien niegue la debida reparación. La pequeñuela que anda por ahí, no es hija mía.. Conozco á su madre hace sólo tres años.. Venía de los brazos de cualquiera, pasó á los míos.. Puedo, pues, decir, sin injuria que era una mujer pagada por mí..

Completó con esta palabra la humillación del otro. Estaba deliciosamente ocupado. Carlos, mudo, levantó la cortina con una sacudida brusca. Y delante de aquella nueva rudeza, que sólo revelaba mortificación, Castro Gomes fué perfecto: saludó, miró, murmuró:

— Parto esta misma noche para Madrid y me llevo el pesar de haber hecho el conocimiento de usted

con motivo tan desagradable... tan desagradable para mí.

Sus pasos se perdieron en la antecámara entre las alfombras. Después, abajo, una portezuela se cerró, y un coche rodó por la calle.

Carlos quedó caído en una silla, junto á la puerta, con la cabeza entre las manos. Y de todas aquellas palabras de Castro Gomes, que aun resonaban en sus oídos, sólo le quedaba la impresión de una cosa muy bella, resplandeciendo muy alto y que caía de repente, se estrellaba en el suelo y lo salpicaba todo de barro... No sufría, era simplemente un asombro de todo su ser ante aquel fin inmundo de un sueño divino... Unió su alma arrebatadamente á otra alma noble y perfecta, en las alturas, entre nubes de oro; de repente pasaba una voz que arrastraba las *rr*; las dos almas rodaban, caían en un charco y él despertaba teniendo en brazos una mujer desconocida que se llamaba Mac Gren! ¡Era la Mac-Gren!

Se levantó con los puños cerrados y sintió una tremenda indignación contra aquella ingenuidad, que hizo que durante varios meses apareciese tímido, trémulo y ansioso, siguiendo como una estrella á aquella mujer, á quien cualquiera en París, con mil francos en el bolsillo, podía tener en un s fá, fácil y desnuda ¡Era horrible! Recordaba entonces la emoción religiosa que sintiera en la calle de San Francisco, el encanto enternecido con que la viera trabajar en su bordado. ¡Ay, imbécil, imbécil! Ella entonces, cómo se reiría de aquella simpleza de provinciano del Duero! Sentía vergüenza al pensar en las flores que le trajera, en el respeto con que la hablara! Le hubiera sido tan fácil desde el primer día descubrir que aque la diosa estaba enredada con un brasileño! Pero su pasión le puso sobre los ojos una de esas nieblas doradas que dan



á las montañas rugosas y negras un brillo pulido de piedra preciosa. ¿Por qué escogiera, precisamente, para médico al hombre que en la calle la miró con deseo? ¿Por qué en sus largas conversaciones no le hablara jamás de París, de sus amigos, ni de su casa? ¿Por qué al cabo de dos meses, sin preparación, sin estas progresivas evidencias de amor que crece y se desarrolla como una flor, se le abandonó de pronto, apenas le dijo el primer "te amo,"?

Recordó también otras cosas que no le hubieran escapado de estar menos ciego. Aquella *Explicación de los Sueños* que vió en la cabecera de la cama, su familiaridad con Melanie, aquella joya brutal de *cocotte*... Ahora, hasta el ardor de sus besos le parecía provenir menos de sinceridad de pasión que de ciencia de voluptuosidad!... Pero todo había acabado. La mujer que amara se desvanecía de repente como un sueño del que el brasileño le sacara por caridad. Aquella mujer se llamaba apenas Mac-Gren... Su amor fué desde que la viera como la propia sangre de sus venas y escurriase ahora á través de la herida incurable hecha á su orgullo.

Ega apareció en la puerta del salón y preguntó:

—¿Y qué?

Toda la cólera de Carlos hizo explosión.

—¡Una cosa extraordinaria, Ega! lo más abyecto, lo más inhumano.

— Te pidió dinero el hombre?

—Peor.

Y paseando arrebatadamente, Carlos le contó todo, sin reticencias, con las mismas palabras del otro, que repetidas y avivadas por sus labios, producíanle nueva humillación y enojo.

—¿Puede suceder algo más horrible? ¿Puedes concebir un caso más tremendo? ¿Hay algo más burlesco? Hay para morir de dolor y para reventar de

risa. ¡Estupendo! "Fijese en que esa criatura no es mi mujer; es una mujer que pago..." ¿Comprendes bien? Ese hombre la paga... ¿A cuánto el beso? Cien francos! Ahí están los cien francos... Hay para morir.

Y paseó de nuevo, repitiendo las palabras de Castro Gomes...

—¿Qué te parece, Ega? Dime, ¿qué harías tú? Es horrible, ¿eh?

Ega, que limpiaba el cristal del monóculo, dijo que mirando estas cosas con tranquilidad, á fuer de hombres de su tiempo, no ofrecían motivos de cólera ni de dolor...

—¡Entonces, no comprendes nada!—gritó Carlos, —no te fijas en lo que me ha pasado.

Sí, sí; Ega comprendía perfectamente... Pero aquella desilusión simplificaba mucho las cosas. Libraba á Carlos del remordimiento de haber deshecho una familia; ya no tenía que desterrarse ni esconder su pecado; ya no perdía para siempre la honra de una mujer, á quien tal vez no amaría siempre.

—¡La honra de ella!—exclamó Carlos.

—Sí, pero la pérdida de dignidad no era, en verdad, muy grande, porque antes de saber que no era la esposa de Castro Gomes, era la mujer que huye de su marido.

En verdad que todo aquello significaba una humillación irritante; pero el resultado social y definitivo parecía ser éste: Carlos tenía hasta aquí una hermosa amante con inconvenientes, y ahora, sin inconveniente alguno, poseía una amante hermosa.

—Lo que tú debes hacer, querido Carlos...

—Lo que haré es escribirle una carta enviándole el precio de los dos meses que dormí con ella.

*Maias—Tomó II—14*